

Los aleutas empiezan en Noviembre sus festividades y las continúan hasta últimos de Enero. De aldea en aldea se invitan unos á otros á festines pantagruélicos. Esas gentes, que se aprietan el vientre con frecuencia, no conocen mayor felicidad que la de hacerse turgente el abdomen, atiborrarse de aceite y comer carnes crudas aun sangrando. En los intervalos, los jóvenes celebran asaltos vigorosos y luchas de agilidad, los hombres ya maduros y los viejos, se entretienen jugando á juegos diversos con figuritas de marfil, representando patos, pichones y otros pájaros; aprenden fácilmente el juego de ajedrez, las damas y dominó. Discuten los accidentes del día. El tribunal de la opinión pública entiende en las infracciones á las buenas costumbres. Raramente es severo; sin embargo, se habla de locos y hechiceros criminales que han sido condenados á muerte; en éstos el más próximo vengaba á la víctima. Pero si esta ley del talión suscitaba nuevas venganzas, varias aldeas evocaban la cuestión y los notables ejecutaban la sentencia. Salvo raras excepciones, el jurado no interviene sino para ajustar diferencias y explicar errores. Las discusiones se abandonan prontamente, la comunidad sabe perfectamente que en su lucha incesante contra una naturaleza hostil, no puede existir sino por el buen deseo de cada uno.

Los negocios, sin embargo, no se arreglan siempre por sí mismos, las diferencias pueden ser profundas. Por temor á que las cuestiones tratadas en privado no agrienen los caracteres, se conviene en hacerlas públicas, echarlas fuera. El ofendido hace saber que tal día ser-

virá un plato de su especialidad á cierto camarada: habrá lucha poética entre los adversarios; Beltrán de Born prepara su sirviente y Beltrán de Vatandous su canción: se cantarán su copla satírica, la declamarán, la mimarán, la danzarán, asistidos por segundos, previamente preparados, que en caso necesario les reemplazarán; acompañan en coro y hacen sonar el tambor en los períodos interesantes. La asamblea escucha con atención, da la razón aplaudiendo, declara culpable gruñendo, íntimamente persuadida de que el buen derecho y el mérito artístico van á la par; convencidos de que la conciencia tranquila da cierta pasión, cierta energía y una altura de acento á la que no sabe elevarse la mala fe. Vista de cerca, es ésta una ordalía bastante más humana y razonable que esos «juicios de Dios» por el hierro enrojecido, el plomo fundido, las *ahogadas*, las ingurgitaciones de veneno ó de hostias santas. Esta costumbre no es desconocida en el alto país bávaro, donde algunas fiestas del santo patrón está amenizada por dos gallos del pueblo que se provocan á un *gsangl*. Los sakalabas de Madagascar tienen también estas diversiones (*xibé*).

El inculpado inoíta que no se siente sostenido por una buena causa, pide, antes del encuentro, una reconciliación con su adversario, al que expide un embajador vestido con ropas nuevas de franela roja, un bastón adornado con plumas, señal del heraldo, para preguntar qué reparación es la que exige. Cualquiera que sea la reparación, el ofensor hace cuestión de honor ofrecer aún más.

—«Tú habías pedido un paquete de tabaco, pues hélo aquí. Toma también este peludo, luego esta manta y después esta piel de foca»; cosas todas que el otro no acepta sino para distribuir las entre los testigos de la reconciliación. Los nuevos amigos se cambian sus vestidos respectivos, se cogen por la mano y empiezan los primeros movimientos de una danza, la cual bailarán todos al terminarla los reconciliados.

Todos los hiperbóreos no disipan su cólera en cantares, no exhalan tampoco su malhumor en versos y saltos: en esos casos no hay lucha poética, sino un duelo vulgar; nada de trovadores, nada sino simples caballeros. Así, pues, thlinkets y kolocheos redimen sus querellas en combate singular; se rellenan de gruesas gudejas de pelo, se cubren bien con hojas de hierbas marinas, se echan aún por encima una coraza hecha con palitos tejidos entre sí; se cubren la cabeza con un casco de madera, al cual han adaptado el blasón de la familia. Ya así forrados, luchan por largo rato á cuchilladas: los campeones están sentados, frente á frente; da el uno el golpe, el otro le contesta, empleando un minuto en cada golpe, de modo que puede saborearse y gozar de todo su efecto; se toman el tiempo necesario, demostrando con ello lo pacíficos y duros que son estos esquimales. Y eso se prolonga hasta que uno de los combatientes se declara satisfecho ó bien que los asistentes tengan bastante. Las cosas buenas también acaban.

Los inoítas no tienen, como nosotros, fraccionado su arte en poesía, baile y música; apenas si distinguen todo esto de su religión, ó de lo que nosotros llamamos tal, puesto que su religión, puramente instintiva, se parece poco á nuestras religiones abstractas, notablemente alteradas por la metafísica. Los primitivos no han dividido su ser en sus mitades; su vida profana se penetra é impregna de vida religiosa; en cambio, su religión está indisolublemente unida á las rudas realidades de la existencia diaria. Nuestros obispos excomulgaban no ha mucho á los bailarines y bailarinas de la Opera, y les negaban sepultura en tierra santa; tacharían de sacrilego á otro David que danzase ante el Espíritu Santo. Pero un aleuta no comprendería la adoración de su Tornarsauk, de otro modo que bailando. Lo que la poesía es á la prosa, el baile es al gesto. Movimientos rítmicos la una y el otro, provienen de la inteligencia y la pasión. Con los ojos y el gesto es menos fácil mentir que con la lengua y los labios; el gesto, como expresión inmediata del sentimiento, precede al lenguaje articulado; de ahí la importancia del baile y de la pantomima entre los salvajes.

La danza, gesto cadencioso, del cual participa el cuerpo, es el arte supremo por excelencia, es el lenguaje más expresivo de las poblaciones primitivas. El aleuta, más sensitivo é imaginativo que lógico y razonador, reproduce con movimientos físicos las agitaciones de su alma, sus alegrías y tristezas, sus temores y esperanzas; él pasa de lo sagrado á lo profano, de lo patético á lo grotesco, de lo sublime á lo ridículo, y acaba—TOMO I

ba por la parodia. En efecto, todo artista se complace en recorrer el ciclo entero, en pulsar toda la gama del sentimiento, hasta burlarse de los seres que más teme y de las cosas que mejor ama.

He aquí la descripción de una fiesta dada á los mahlémoutes de Chaktolik por los mahlémoutes de Ounahlaklik:

«Todo un pueblo había sido invitado por otro pueblo, y cada familia tenía sus huéspedes, que trataban lo mejor posible.

«Catorce actores, bailarines reputados, hicieron la fiesta la primera tarde. Salieron por un corredor subterráneo, se formaron en dos líneas, ocho hombres enfrente de seis. Los actores, desnudos hasta la cintura, llevaban una diadema encuadrada con grandes plumas que les caía sobre la espalda; colas de lobo y de zorro les pendían hasta los muslos; guantes bordados, botas adornadas con tiras de piel de varios colores. Las mujeres vestían una manteleta prendida al cuello, hecha con piel de reno blanco, y sobre ésta una túnica, bien de intestinos de foca, teniendo la finura y el brillo del colodión, ó bien en membranas de pescado, produciendo reflejos transparentes como láminas de plata. Las hermosas aleutas no tienen que aprender que la semidesnudez denuncia con ventaja lo que se pretende ocultar. Ellas se han adornado con bordados y pedrería barata en colores, aderezan su tocado con láminas blancas brillantadas con nácar, cubren sus manos con guantes blancos como la nieve, de piel de cervatillo con forros

de pelusa; en la mano llevan un largo penacho de águila ó de cisne.

»¡Atención! Los viejos, seguidos del coro, se instalan con sus tamboriles y preludian la obertura: cantinela de antiguo estilo, grave y mesurada, lenta y monótona; los aires modernos son más ligeros y frívolos. El minueto — si es un minueto — merece la admiración de los inteligentes por la precisión del ritmo, la seguridad de los bailarines, la gracia modesta de las bailarinas que resbalan sobre el suelo haciendo ondular sus plumas.

»A esto sigue un baile; el *Felis Cazador*, escena de dos personajes. Un pájaro salta, menea la cola, bebe y se baña, alisa las plumas, picotea por aquí y pía por allá. El arquero le vigila, se aproxima con pasos furtivos. Uno de sus movimientos espanta al pajarito, que levanta su vuelo. Pero silba una flecha, el pájaro ha sido herido en el aire. El herido se yergue contra el dolor, se agita dando vueltas en el aire y va á caer en una maleza. Con su ala rota hace frente al enemigo defendiéndose con el pico y con las uñas, hasta que perdiendo sangre y aliento se entrega y abandona abatiendo su plumaje... ¡Maravilla! Entonces el cazador abraza á una mujer desnuda, temblorosa y palpitante, ebrio de fervor y de alegría.

¿Qué os parece? ¿No es eso la traducción al aleuta del apólogo de Eros, de Eros arrojando su flecha de oro sobre la encantadora paloma de Afrodita? Los dindjié cuentan que Galinota Blanca se transformó en mujer para convertirse en compañera del hombre. Los

indios tienen también la leyenda de Oseo, que, paseándose por la Estrella de la Tarde, disparó sobre un jilguero; el pajarito cayó y se vió entonces que era una niña herida con una flecha, por cuya herida salía sangre tiñendo de carmesí su pecho nacarado. El ruso Micailof Ivanovitch Potok corría detrás del polluelo de un cisne, contra el que disparó: «Cayeron las plumas blancas, cayó el manto y apareció la más hermosa de las vírgenes.» — «Yo soy el halcón, tú eres la paloma,» canto eterno y amoroso de las poesías populares.

«Poco á poco los espectadores se enardecían acompañando con el gesto. Se producen trovas de circunstancias: acontecimientos contemporáneos, batallas y tratados de paz, aventuras de caza, incidentes de viaje, accidentes de navegación (Venjaminof). El entusiasmo aumenta con el ruido de los aplausos.

»Pero sin banquete no hay verdadera fiesta. Como de bajo tierra surgen súbitamente niños alegres, soberbiamente ataviados, marcando el paso con lentitud, medida y gravedad perfectas, llevando platos de pescado hervido, carnes, lámparas de aceite, médula de reno, y, como postre, mirtos envueltos en grasa y nieve. Los huéspedes convidados á la solemnidad consumen tal cantidad de provisiones, que con frecuencia á la fiesta sigue una escasez extrema, pero en tales casos el hambre es un honor. Para mejor hacer la digestión, baile general, después del cual cada uno es gratificado con un poco de tabaco.» (Dall.)

Las solemnidades de año nuevo no siempre se celebran por los dos sexos en común; á veces los hombres

y las mujeres celebran separadamente las fiestas — y pena de muerte para el curioso ó indiscreto.

Durante la noche se reúnen para bailar á la luz de la luna, despojándose de sus vestidos hasta con fríos intensos. La desnudez es el vestido sagrado, el hombre se inviste para aproximarse á la divinidad. Cuando hiela hasta hacer estallar las piedras, los pasos no llevan lejos, y la gesticulación se acentúa. Cuerpo desnudo y cara tapada. Con la máscara que ciega, sostenida por una correíta abrochada atrás, y una mordaza que impide mover las mandíbulas, sólo se puede ver á uno ó dos pasos delante de los pies. Estos adminículos de tortura sólo sirven para una vez; después de la solemnidad, se los retira al montón acervo. Mientras que se las lleva, vívese bajo la influencia del espíritu que representan, genio temible cuya mirada produce la muerte; por eso los demás se guardan muy mucho de descubrirle los ojos.

He aquí la descripción de una agapa ó santa comunión:

«Las gentes jóvenes se han embadurnado con colores; marchan unos tras de otros cogidos por la ropa como en cierto juego de nuestros niños, van postulando de familia en familia, obteniendo en cada casa lo menos un plato. En el kajim, adornado de gala, la orquesta interpreta melopeas monótonas que los asistentes acompañan. Llegan los cuestadores, salmodiando y silbando también. Entonces levantan sus platos por encima de la cabeza, los presentan á los puntos cardinales empezando por el Norte. Los Cuatro Vientos son así in-

vitados por el augakok, que implora con ello su benevolencia.

»Al día siguiente van, hombres y mujeres, á formar un corro en medio del campo y alrededor de una vasija con agua rodeada á su vez de gran cantidad de carnes. Sin decir palabra cogen un bocado de aquí, un sorbo de allá, y lo ofrecen á Sidné, pidiéndole protección. Cada uno moja su dedo en el agua y bebe un sorbo, invocando siempre á Sidné, diciendo por lo bajo su propio nombre y el lugar y la época de su nacimiento. Después de esto, todos ofrecen á todo el mundo algo que comer, persuadidos de que cuanto más generosos se presentarán, más favorable les será Sindé.» (Hall.)

¿Pero quién es Sidné?

Sidné, llamado también Anarkouagsak, madre de los esquimales y de los hombres, es, en último análisis, la Tierra, generadora de todos los animales, bestias y hombres. Antes de la institución, relativamente moderna, de la paternidad, la maternidad existía; este sentimiento fué el primero que germinó en los cerebros, al menos en las especies vivíparas. Lo mismo que el niño se hace una muñeca, de igual modo nuestra especie naciente se creó un mundo fantástico, imagen y reflejo del mundo real tal cual se concebía, y lo hizo presidir por una madre, por una Cibeles. Sidné no ha sido aún destronado; ningún hijo ingrato, ningún marido ambicioso le ha postergado. — ¡Esos pobres hiperbóreos están todavía tan atrasados!

Todas esas poblaciones celebran en año nuevo sus Eleusinas, muy parecidas á las mascaradas de los ali-

tos y de los moquis, á las Fiestas del Bisonte, en boga entre los mandanas y otros pieles rojas, á esas rogativas, pompas de renovación, observadas hasta en las tribus ribereñas del Amazonas. El cristianismo no las ha abolido sin pena entre las poblaciones germánicas y anglo-sajonas.

«En la época de más larga noche, dos augakout, uno de ellos disfrazado de mujer, van de choza en choza apagando todas las luces para alumbrarlas con fuego virgen, gritando: «De sol nuevo, luz nueva.»

En efecto, de año en año, la primavera produce renacimiento de hierbas y animales nuevos. Todos los soles, todos los fuegos, todas las luces no tienen, sin embargo, la misma virtud; hay épocas de escasez y de abundancia, temporadas fecundas y estériles. ¿Quiere el hombre remediar esta irregularidad? ¿Enmendar su desgracia? Pues se mete en la cabeza modificar la luna, refundir el sol. De ese deseo nació la industria de las religiones, que todas se aplican á favorecer la producción en provecho del consumo. Los doctores orientales dicen que durante la noche, el cielo deja caer tres gotas en los elementos. La primera cae en el aire, suscitando el poder creador; la segunda cae en el agua, de aquí entra en las venas de los animales para despertar el amor; la tercera cae sobre la tierra, para hacer retoñar las plantas (Bastian). — Eso es, en efecto, dicen los hiperbóreos; pero nosotros vamos á contaros la cosa con sus detalles.

Por año nuevo la Madre Cigüeña sale de su tugurio sombrío, del fondo del mar; se sienta delante de una

huta, abierta al Mediodía, aspira el aire fresco, estornuda, respira á placer. Restablecida, vigorizada, requiere su gran lámpara, la adereza, la carga de aceite, la llena hasta rebasar por todas partes, luego la enciende. El aceite llamea, cayendo en gotas encendidas por tierra, y estas gotas ardientes se hacen animales que respiran, hierbas que reverdecen, capullos que florecen. Madregrande asperja los aires que llenan de trinos los pájaros levantando el vuelo; asperja las aguas que se pueblan de peces. Cuando la Vieja está de buen humor, se entretiene jugando, hace llover grasa fundida. Entretanto, Madre Abundancia hace aumentar toda criatura; pero cuando se presenta con mala cara, habrá que apretarse el cinturón. ¿Por qué tan distinto proceder? Es que Mamá tiene sus épocas de buen y mal humor; malo, seguramente, cuando los piojos y otras alimañas corren á picarle, produciéndole desazón. Los augakout deben prever estos casos, y en la visita que le hacen distraénda con amenas y alegres conversaciones, limpiándole al mismo tiempo la cabeza (Rink).

Ese tema mítico se presta á variaciones numerosas. Veamos la de los tchougatches:

«La fiesta era esperada desde hacía mucho tiempo por los escolares de los augakout, que llevaban los ídolos á visitarse (1) de isla en isla, de aldea en aldea. Para hacerse más accesibles á las influencias espirituales, los viejos chamanes se han preparado con un largo

(1) Cf. los *lectisternies* romanos, las visitas que se devolvían los patronos y patronas de las iglesias, ciudades y conventos en la Edad Media.

ayuno; los miembros de la familia no han comido nada desde la víspera, y hasta se han provocado vómitos.

»El día solemne, la gran sala del kajim, alumbrada por numerosas lámparas, está invadida por gentes plagadas de oropelos excéntricos, con sombreros de madera ó junco, en forma de pico de ave, hocicos de animal y bocas de fiera; ellos imitan los gritos y movimientos de las bestias. Después de una indescriptible baraunda, cuelgan al extremo de cordeles un centenar de vejigas, pertenecientes á animales que ellos han matado con flechas. Cuatro pájaros, esculpidos en madera: dos perdices, un buho y una osifraga, la última con cabeza humana; todos articulan igual que los muñecos que se mueven tirando de un cordel. Se tira de la cuerda y la orifraga mueve la cabeza, el buho chasquea con el pico como si tuviese cogido un pescado, y las perdices agitan las alas. En el centro del edificio un palo derecho, cubierto de hierbajos, personificación de un espantapájaros, para ellos el Espíritu del mar. Al terminar cada nueva danza, nuevos juncos y nuevas hojas se arrojan á la llama que chisporrotea delante de los pájaros y las vejigas. Al terminar el último acto, las vituallas ofrecidas anteriormente á cada uno de los cuatro vientos y luego al dios de las nubes son acometidas por la samblea, que no se priva de consumir hasta la última migaja.» (Hall).

¿Pero es acaso necesario explicar que las vejigas calentadas simbolizan los soplos de la primavera, los cuales vivifican á pájaros y peces, á la selva y á sus habitantes? ¿Que simbolizan también el espíritu de la vi-

da (1) que entra por las narices? ¿No hemos leído en las *Cartas á Emilio* (J. J. Rousseau) que Flora es despertada por el Céfitro?

En su *Coleda*, los servios queman un tronco de encina, lo rocían con vino, lo golpean activando la salida de chispas, y gritan: «¡Tantas chispas, tantas cabras y ovejas; tantas chispas, tantos cerdos y novillos! ¡Tantas chispas, tantos éxitos y bendiciones! (2). Ante nuestra vista tenemos un grabado (3) representando una fiesta anglo-sajona en los tiempos de Heugis y Horsa. La ceremonia esquimal está reproducida en este grabado en sus rasgos esenciales. Se danza alrededor de un tronco ardiendo, el *Yule log*, sobre el cual se asan los cerdos con que se van á regalar. Hertha, y á su lado dos niños adornados como cabeza de cuervo, con largo pico, llega sobre un carro que arrastran dos robustos mozos disfrazados de oso. Sigue el cortejo: lobos, jabalíes, zorros, ciervos, á los cuales los cazadores consagran la fiesta; el hipocrás y el hidromiel corren en abundancia. De esas fiestas á nuestros carnavales, á las mascaradas de la Edad media, la transición es fácil.

Véase una variante kolioutche:

Los oficiantes hacen su entrada, anunciándose como cazadores: los primeros, completamente desnudos, pero armados con puñales de cobre, de hoja brillante; los otros ataviados con piel de foca, brillante y moteada,

(1) Cf. Isaias, II, 22; Job, XXVII, 3.

(2) Schwenik, *Mithologie der Slaven*.

(3) De un cuadro de Corbould.

disfrazados de pescado, de ave, de lobo y de perro, gallardamente empenachados. Cogidos, dan vueltas alrededor de un fuego encendido en medio de la sala. Ratas y pájaros rellenos de broza penden de cordeles (Wrangell). Surge una sorda y lenta cantinela (Hooper's):

*Hi yagah yangen*

*Ha ha yangah,*

interminablemente repetida que, pareciendo venir de la profundidad del espacio, se aproxima, se aviva, se acentúa en estallidos de trueno para terminar bruscamente. Se levanta un telón; aparece un chamama con sus cabellos flotantes, la cara marcada con jeta de animal, manto lujoso con perifollos extraños, adornos fantásticos. Gravemente se dirige hacia el centro, los espectadores se apartan con respeto: penetra en el círculo de danzantes y cazadores y contempla por largo rato la llama. Repentinamente coge el pendengue y sale disparado corriendo en la dirección del sol. Los cazadores le saludan con gritos salvajes, blandiendo sus puñales y lanzándose en su persecución como una jauría. El otro corre como el viento; presiente los golpes en su dirección y los esquiva con admirable destreza, su máscara no es obstáculo para dar vueltas y rodeos, para saltar á derecha ó á izquierda. Al mismo tiempo que huye coge un tizón que lanza al tejado, cae sobre el suelo y estalla con chisporroteo.

— ¿Qué es lo que eso significa?

— Que atosigado por los perseguidores, la caza olvida los peligros para reproducir su especie; hazaña que toda la existencia saluda con aclamaciones. No consiste todo en matar la caza, es preciso que se reproduzca, que la raza no se extinga. Por eso los esquimales, cuando matan un reno, tienen buen cuidado de rodear con algas marinas cualquier fragmento de un órgano esencial y ponerlo luego, reverentemente, bajo una piedra ó enterrarlo bajo un terrón, en el sitio mismo donde el animal cayó herido. Y cuando han cogido una foca, al abrirle le arrojan algunas gotas sobre la cabeza; sin duda con objeto de que el alma se refugie en el agua, que más pronto ó más tarde correrá hacia el mar, gran generador de existencias. Sea lo que fuere, los aplausos están perdidos para el fugitivo, sus perseguidores le cercan, ganan terreno, le pisan los talones y le rozan ya con el puñal. Por fin le arrojan un lazo á las piernas, le derriban en tierra, le atan los cuatro miembros, lo envuelven en una manta y le arrastran otra vez detrás del telón. Se oye un ruido de hojas metálicas que se entrechocan, algunos gemidos ahogados, y luego el ruido se extingue.

Después del entreacto, caza nueva. Cada vez se repite la escena de cazarle; á pesar de su agilidad y de su destreza, no puede evitar el golpe fatal. Sin embargo, antes de caer, cada animal procura la continuación de su especie; un vaso de aceite, un puchero de grasa que se ha encendido iluminando la sala entera.

Al terminar el misterio, cuando el último actor, un sacerdote, acaba de ser expedido, se aprovecha de su

muerte momentánea para solicitar la opinión de ultratumba sobre los negocios pendientes. Hay que saber que las máscaras son levantadas por el genio del hombre ó del animal que representan. Tantos animales, tantos dioses. La larva del divino personaje que se tiene interés en consultar, es la imagen y figura del chamana que se simula muerto: él se estremece y sus miembros se agitan convulsivos. El Espíritu entra en él. Se le interroga, él responde, pero con voz apenas perceptible, con palabras ambiguas é incoherentes; nunca oráculo sibilino fué más misterioso.

En rigor no era indispensable que el augakok muriese para servir de intermediario entre los dos mundos, puesto que su cuerpo sirve siempre de receptáculo á uno ó varios aparecidos. En cuestiones privadas los hechiceros evacúan sus consultas dentro de una choza; se les echa al suelo con las manos atadas á la espalda, la cabeza entre las piernas, al lado de un tambor y de una piel extendida; luego, con las luces apagadas, se retiran cerrando la puerta. Al cabo de algún tiempo se oye al cautivo tocar el tambor. Es que invoca su Genio, cuya proximidad, indicada por resplandores y fosforescencias, se anuncia por un cierto estremecimiento de la piel seca y estirada. Se entabla la conversación; preguntas y contestaciones parecen provenir del exterior. Cuando se entra con luces encendidas no se encuentra á nadie: el profeta y la divinidad han desaparecido por el agujero de la chimenea. Inoítas y pieles rojas creen á ojos cerrados en esa *performance*, cuyo